blacion. El dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha, tomando el camino que siguió en su primera expedicion al Norte de los lagos pequeños. Hostilizóle el enemigo menos que los dias anteriores, lo que en parte se debió al tiempo, que era sumamente tempestuoso. Los soldados, cuyos vestidos pesaban á consecuencia de la humedad, atravesaron con dificultad las cenagosas sendas inundadas por los torrentes. Una vez, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales rondar el campo en la noche y los centinelas montar la guardia, librando su seguridad á la furia de la tempestad, no obstante que la suerte de Narvaez debió haberlos enseñado á no confiar en los elementos.

En Acolman, ciudad perteneciente al territorio Acolhua, encontrólos Sandoval, el cacique de Tezcuco y otros varios oficiales, entre los cuales habia algunos recien llegados de las islas. Recibieron cordialmente á sus compatriotas, y les dieron la noticia de que ya estaba concluido el canal, y que los bergantines completamente equipados, estaban listos para ser botados al agua. Parecia por tanto que no habia ya motivo para demorar el sitio de Méjico. Con tan satisfactorias nuevas, entraron Cortés y sus victoriosas legiones por la última vez en la capital Acolhua, despues de haber empleado tres semanas en dar vuelta á todo el valle.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DEL EJERCITO.—ECHANSE AL AGUA LOS BERGANTINES.—REVISTA DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS.—EJECUCION DE XICOTENCATL.—MARCHA DEL EJERCITO.—PRINCIPIO DEL SITIO.

1521.

Al tiempo mismo que se ocupaba Cortés en reconocer el valle, y en prepararse para sitiar la capital, trabajaba activamente en Castilla una faccion por desvirtuar su autoridad y desbaratar completamente sus planes de conquista. La fama de sus heróicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España toda, y por otras muchas partes de Europa, donde excitó una admiracion general el indómito valor de un hombre, que con solo su brazo, luchó tanto tiempo con el poderoso imperio mejicano. La ausencia del monarca español y los disturbios del reino, pueden únicamente explicar la supina indiferencia que mostró el gobierno respecto de esta grandiosa empresa. A las mismas causas debe atribuirse el que no se atendieran los reclamos de Velazquez y Narvaez, no obstante que estaban sostenidos por un protector tan poderoso como el obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias. Dirigia las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Cárlos, hombre de instruccion y de alguna sagacidad; pero omiso y tímido en política, y enteramente incapaz de aquella accion decisiva que hizo célebre á su predecesor el cardenal Jimenez.

En la primavera de 1521, expidió el consejo de Indias algunas providencias que produjeron un cambio importante en los negocios de Nueva-España. Mandóse que la real audiencia de la Española sobreseyese en el proceso instruido contra Narvaez, por el trato que habia dado al comisionado Ayllon: que aquel desgraciado jefe fuera sacado de la prision que sufria en Veracruz; y que se enviase á Méjico un visitador investido de autoridad bastante para averiguar los procedimientos y conducta de Cortés, y hacer amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaron en la corte personas que vieran con desagrado estas disposiciones, juzgándolas como una indigna recompensa de los servicios de Cortés, y que pensaban que bajo todos aspectos no eran á propósito aquellas circunstancias para tomar providencias que podian desanimar al general, ó tal vez hundirle en la desesperacion. Pero el altivo carácter del obispo de Burgos despreció estas observaciones, y aprobadas por la regencia las determinaciones del consejo, fueron firmadas por los que formaban este cuerpo, el dia 11 de Abril de 1521. Tapia, uno de los miembros de la audiencia de Santo Domingo, fué comisionado para marchar á Veracruz; pero afortunadamente sobrevinieron circunstancias que demoraron la ejecucion de

estos planes, y dejaron á Cortés proseguir sin obstáculo su gloriosa carrera de Conquista (1).

Al paso que se le permitió, á lo menos por entónces, continuar ejerciendo su autoridad, le amagó otro mayor peligro intestino, que no solo amenazaba su autoridad, sino su vida. Se habia tramado en el ejército una conspiracion mas séria y peligrosa de las que hasta entónces se habian concebido, promovida por un soldado raso llamado Antonio Villafaña, natural de Castilla la vieja, y de quien lo único que se sabe es, que tomó parte en esta conjuracion. Pertenecia á las tropas de Narvaez, á ese semillero de descontentos que habian permanecido en el ejército mostrando disgusto por el mas ligero motivo, y que siempre estaban prontos á sublevarse. Voluntariamente habian continuado en el servicio desde que sus compañeros se separaron en Tlascala; pero esto lo habian hecho movidos de las mismas codiciosas miras que los impulsaron á embarcarse en la expedicion, y que aun no era tiempo de que vieran realizadas. Participaban poco del espíritu verdaderamente romanesco de los primeros compañeros de Cortés, y consideraban como triste y estéril recompensa de tantas fatigas y trabajos, los laureles de la victoria.

A ellos se unian otros que tenian motivos personales de disgusto con el general, y algunos que desconfiaban del resultado de la campaña. El horrible destino de los españoles que habian caido en manos de los aztecas, los llenaba de espanto. Ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, que con recursos tan escasos, se atrevia á provocar hasta el último extremo á un enemigo feroz y formidable; temblaban de ir á perseguir á los aztecas á sus mismos hogares, donde la desesperacion los obligaria á sacar décuplas fuerzas.

Estos soldados de buena voluntad habrian abandonado la empresa y regresado á Cuba. ¿Pero cómo hacerlo? Cortés era dueño de todo el camino, desde la capital á la costa, y sin órden suya ningun buque podia zarpar del puerto. Aun deshaciéndose de él, quedaban sus principales capitanes que estarian prontos á ocupar su lugar, y vengar su muerte. Era, pues, necesario incluir tambien á estos en el plan de destruccion, y por lo mismo se propusieron asesinar al general, á Sandoval, á Olid, á Alvarado y á otros dos ó tres de los mas adictos á Cortés. Entónces darian los conspiradores el grito de libertad, y no dudaban que los seguiria la mayor parte del ejército, ó por lo menos, el número bastante para conseguir su objeto. Determinaron ofrecer el mando despues de la muerte de Cortés á Francisco Verdugo, cuñado de Velazquez, hidalgo honrado que, aunque no era cómplice en su crímen, seguramente aceptaria el mando que como por fuerza se le conferia, y así aseguraban la proteccion del gobernador de Cuba, quien odiando tanto á Cortés, disculparia su conducta.

Llegaron los conspiradores hasta á nombrar los oficiales subalternos, un alguacil mayor en lugar de Sandoval, un cuartel maestre general que sucediera á Olid, y algunos otros empleados (2). El tiempo señalado para la ejecucion del plan era poco despues de que regresara Cortés de su expedicion. Habia de presentársele cuando estuviera sentado en la mesa un paquete de cartas que se supondria acababan de llegar de Castilla, y mientras que rompia los sellos, habian de arrojarse los conspiradores sobre él y sus capitanes, y asesinarlos á puñaladas. Tal era la inicua trama para acabar con Cortés y su gloriosa empresa; pero para que se logre una conspiracion, principalmente cuando están comprendidas en ella muchas personas, es necesario que medie muy poco tiempo entre su concepcion y la ejecucion.

El dia anterior al fijado para perpetrar el delito, uno de los conspiradores, sintiendo una repugnancia invencible á cometer tal crímen, se dirigió á la habitacion del general y solicitó de él una entrevista reservada. Arrojóse á sus piés y le reveló todos los pormenores de la conjuracion, añadiendo, que en poder de Villafaña encontraria un papel, en el que estaban escritos los nombres de los cómplices. Herido Cortés como por un rayo, no perdió momento en aprovecharse de este descubrimiento. Mandó por Alvarado, por Sandoval y por uno ó dos de los otros oficiales destinados á ser víctimas de la conspiracion, les manifestó el peligro en que estaban, y con ellos y cuatro alguaciles se dirigió á la tienda de Villafaña.

Encontráronle conversando con tres ó cuatro de sus amigos, á quienes inmediatamente se hizo salir y se les redujo á prision. Confundido Villafaña con la repentina aparicion del general, solo tuvo tiempo para sacar del seno el papel que contenia las firmas de los conspiradores é intentar tragárselo; pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el escrito. Al pasar rápidamente la vista por la fatal lista, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de algunas personas que gozaban de consideracion en el ejército. Hízola pedazos, y mandó prender á Villafaña, quien fué juzgado inmediatamente por un consejo de guerra reunido á la mayor violencia, y presidido por Cortés. Parece que no quedó duda de la culpabilidad del acusado, y fué condenado á muerte, cuya pena se ejecutó despues de haberle dado el tiempo necesario para prepararse cristianamente, colgándole de las ventanas de su alojamiento (3).

Los que ignoraban la conjuracion, quedaron admirados de aquel espectáculo; y el resto de los conspiradores, llenos de consternacion por ver descubierta su trama, esperaban tener igual destino; pero se engañaron, pues Cortés hizo cesar allí el castigo. Una ligera reflexion le convenció de que lo contrario le envolveria en dificultades muy desagradables y peligrosas; pues aunque muchos

(1) Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 15.—Relacion de Alonso de Verzara, escribano público de Veracruz, MS., déc. 21.

(2) "Hacian alguacil mayor é alférez, y alcaldes, y regidores, y contador, y tesorero, y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes, y caballos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 146.

(3) Ibid., loc. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 1.

de los cómplices de tan loco atentado, merecian la muerte, le perjudicaria la pérdida de esos mismos delincuentes, por lo disminuido que estaba el ejército. Se contentó por lo mismo con castigar al cabecilla.

Reunió despues á sus tropas y brevemente les explicó el crímen por que habia sido juzgado Villafaña. Díjoles que nada habia confesado, y que habian perecido con él los secretos de la conspiracion. Manifestóles el sentimiento que le causaba el que en sus filas se hubiera encontrado un hombre capaz de accion tan pérfida, y aseguróles estar cierto de no haber ofendido á ninguno de los que le escuchaban; pero que si lo habia hecho lo dijeran francamente, pues deseaba darles cumplida satisfaccion (4). No hubo uno que aunque se sintiese agraviado creyera conveniente quejarse en aquel momento, y mucho menos los conspiradores, que se creian bastante venturosos con haber escapado, á su entender, de que se les descubriera, para que pensaran en unirse entónces á las filas de los descontentos. Aquí terminó, pues, la conspiracion sin mas resultados.

La conducta de Cortés en esta ocasion tan delicada, prueba una extraordinaria sangre fria, y un profundo conocimiento del corazon humano. Si hubiera dado á entender que sabia ó por lo ménos sospechaba quiénes eran los cómplices, se hubiera visto precisado á tenerlos por enemigos todo el resto de su vida. A un descubrimiento de esta clase, hecho por Luis XI al principio de su reinado, se atribuyen los disturbios que despues lo agitaron (5). Arrancada una vez la máscara, es ya inútil cubrir las apariencias: parece que se cierra la puerta al arrepentimiento; y el desafecto que tal vez podria vencerse por las circunstancias ó por la benevolencia, se convierte en un odio profundo é implacable: se habria visto Cortés rodeado en su campo mismo de enemigos, mucho mas temibles que los aztecas.

Con el ejemplar hecho, quedaron los culpables bastante atemorizados, y no pensaron ya en exponer imprudentemente su vida en semejantes tramas. Por el contrario, procuraron con demostraciones de lealtad y exactitud en el servicio, alejar de sí toda sospecha, y Cortés por su parte, cuidó mucho de guardar su porte habitual, igualmente distante de la confianza, y de lo que es tal vez mas difícil, de la estudiada afabilidad que revela casi con la misma claridad que aquella, las sospechas que se conciben de la persona á quien se dispensa. Para obrar de esta suerte se necesitaba no poca habilidad; él, sin embargo, no olvidó lo pasado.

(4) Ibid., ubi supra.

(5) Así lo dice M. de Barante en su pintoresca imitacion de las antiguas crónicas. "Les procès du connétable et de monsieur de Némours, bien d'autres révélations, avaient fait éclater leur mauvais vouloir, ou du moins leur peu de fidélité pour le roi; ils ne pouvaient donc douter qu'il désirât ou complotât leur ruine."—"Los procesos del condestable y del Sr. de Nemours, ademas de otras revelaciones, habian dado á conocer su mala voluntad, ó por lo menos su poca fidelidad hácia el rey; no podian pues dudar que él deseaba ó maquinaba su ruina.—Histoire des Ducs de Bourgogne, (Paris, 1838,) tom. XI, p. 169.

Habia, es verdad, roto el pergamino que contenia la lista de los conjurados; pero el hombre que ha sabido una vez los nombres de los que han conspirado contra su vida, no necesita de tenerlos escritos para conservarlos siempre en la memoria. Cortés vigilaba todos sus movimientos, y cuidaba de colocarlos siempre de modo que no pudieran dañarle. (6).

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una sensacion profunda, pues sus relevantes prendas y extraordinarios talentos militares, le habian captado el amor de los soldados. Deseaban darle pruebas del desagrado con que habian visto tan infame traicion nacida de entre ellos mismos, y conocieron la necesidad de tomar medidas eficaces para velar por la seguridad de aquel, de quien dependia la suya, así como el éxito de la conquista. Determinóse desde entónces que Cortés tuviera siempre una guardia, mandada por un oficial digno de toda confianza, llamado Antonio de Quiñones. Estos soldados formaron durante el resto de la campaña, una guardia de corps del general, que lo cuidaba dia y noche, y lo defendia de la traicion doméstica, no ménos que del acero enemigo.

Como se dijo al fin del capítulo anterior, cuando volvieron los españoles á sus cuarteles, encontraron los bergantines ya acabados, completamente aparejados y equipados, y en disposicion de servirse de ellos. Tambien el canal se habia ya concluido, merced á ocho mil indios que habian empleado en abrirlo cerca de dos meses. Era obra de mucho trabajo, pues tenia media legua de largo, doce piés de ancho, y otros tantos de profundidad. Las orillas estaban reforzadas con palizadas ó paredes de mampostería: de trecho en trecho se habian hecho represas y diques, y una parte estaba abierto en la viva roca: por él podian ser llevados los bergantines hasta el lago con toda seguridad (7).

Resolvió Cortés que tan feliz acontecimiento se celebrara con la solemnidad debida. Formáronse, pues, todas las tropas el 28 de Abril, y la poblacion entera de Tezcuco se reunió para presenciar la ceremonia. Celebróse el sacrificio de la misa, y todo el ejército, incluso el general, se confesó y recibió la Eucaristía. Rezáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendicion del cielo sobre la pequeña escuadra, primera digna de este nombre que cruzaba las aguas americanas (8). Dióse la señal con el estallido del

(6) "Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba dellos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 146.

(7) Ixtlilxochitl, Venida de los esp., p. 19.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 234.

"Obra grandísima," dice el conquistador, "y mucho para ver."—"Fueron en guarda de estos bergantines," añade Camargo, "mas de diez mil hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de Méjico, que fué obra de mucho efecto para tomarse Méjico." Hist. de Tlascala, MS.

(8) Los bergantines se conservaron mucho tiempo despues de la conquista en los astilleros de Méjico, como monumentos preciosos. Toribio, Hist de los indios, MS. Parte 1, cap. 1.